

DON QUIJOTE

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA. PERO NO SE VENDE

Redacción y Administración: Luisa Fernanda, 13, Madrid.

Fundador: EDUARDO SOJO

SE PUBLICA LOS VIERNES

A PLAZO FIJO

Imagínate por un momento, lector pío, que á derecha é izquierda de la morada que habitas existen dos almacenes de ultramarinos capaces por igual de proveerte del indispensable garbanzo y superfluidades adyacentes. Si fueres buen pagador, el interés de los dos tenderos será el teneerte por parroquiano. Si cada uno de ellos no logran el monopolio de tu consumo, la mejor solución para ambos sería la de venir á una transacción en cuya virtud conviniere en ser cada cual tu proveedor en días, meses, años ó lustros alternos. De esta suerte, á no atender sino al provecho del que vende, se establecería entre los almacenistas el turno pacífico de los comestibles.

Pero ¡ay de ti si consientes en que esa costumbre adquiera carácter de derecho y te obligas, por un contrato más ó menos solemne, á respetar la regularidad de ese turno! Cada tendero te tomará, durante el plazo de su privilegio, como materia explotable. Estarás adscrito al almacén, como el siervo á la gleba. Perdido entre tus proveedores el estímulo de la competencia, atenderán á su ganancia antes que á tu servicio. Comerás balines por garbanzos, con hambre y pretexto de vino te darán hiel y vinagre, como al Cristo. Tu criada guisará con aceite de colza. Te dejarás en tu pan los dientes que tuvieres. En vez del sabroso y nutritivo bacalao, te propinarán tablas en salmuera. Todo lo cual, no impedirá que tu cuenta suba como pólvora resellada, y que al perder el estómago te cueste en ambos ojos de la cara.

Pon ahora que sean Sagasta y Silvela los dos estimables almacenistas y el país el desventurado consumidor. Y lo comprenderás todo. Comprenderás los ministerios desatendidos, los programas incumplidos, las crisis increíbles, la burla sistemática de la opinión. Comprenderás el compadrazgo, la complicidad mal encubierta con leves apariencias de oposición. Comprenderás de qué suerte, buscando la estabilidad de los gobiernos, se encuentra su *destestabilidad*. Porque ¿qué interés tienen esos dos tenderos en servir bien? ¿Qué ganarán con hacerse daño? No es evidente que, antes al contrario, consiste el interés de cada uno en consentir los excesos del opuesto para hallar en ellos la ulterior justificación de los propios.

Tales son los naturales é indeclinables efectos de aquel famoso turno á plazo, ideal político de la regencia, perturbado en su curso normal por circunstancias imprevisibles, pero que reaparece ahora bajo la forma y disfraz de firmeza y estabilidad política. No puede ser ello de otro modo. La determinación fatal de los plazos se halla implicada en la manera como aquí se politiqua. Mientras la política fue una obra desinteresada, realizada en servicio del país y por amor á las ideas, no era necesario ni habría sido posible predecir con entera certidumbre la fecha de los cambios que pudieran acaecer en la gobernación del Estado, los cuales eran efecto de los varios accidentes de la lucha de los partidos. Convertida el país en merienda de legales, la vida pública en un medio de ganarse la privada, la gobernación del Estado en un sistema de explotación previsor é inteligente, esa incertidumbre es altamente perniciosa. La formalidad es la primera condición de los contratos. La estabilidad, la firmeza, son el alma de toda transacción. No hay posibilidad de comercio sin cierta seguridad del porvenir.

Vaya un ejemplo. Sea un silvelista atormentado por la patrona, perseguido por el casero, hostigado por el sastre, martirizado por la impaciencia del tendero de ultramarinos. ¿Qué ya á contestar ese pobre conservador á los requerimientos de sus acreedores? ¿Les dirá que aguarden á que vengan los suyos? Podrá comunicarles la ardorosa esperanza que despierta en su alma la conjunción con Maura y el apercibimiento de Silvela al moribundo sagastismo? ¿Tomarán eso sus *ingleses* por dinero contante? De temer es que, llenos de escepticismo, amarguen la existencia del misero deudor. En vez de que, si éste pudiera autorizadamente decirles: —«vuelvan ustedes, v. gr., el 15 de Abril próximo y saldaremos esas cuentecillas»—el conflicto quedaría resuelto á satisfacción de todos.

He aquí por qué vemos con júbilo reaparecer aquella cómoda teoría de los gobiernos á plazo

que substituye al libre discernimiento la fatalidad cronológica, erige al calendario en árbitro del Estado y permite vaticinar los cambios políticos con la propia exactitud con que se predicen los equinoccios. No es bien que el poder esté desvinculado aquí donde todo se halla ya sujeto á monopolio. La equidad recomienda partirnós por igual entre las dos empresas arrendatarias de la felicidad pública que dirigen Sagasta y Silvela. En cuanto al país, no es extraño que no tenga vela en este entierro, no siendo costumbre que nadie lo lleve en el suyo.

ALFREDO CALDERÓN

MÚSICA

La sala del teatro Real ofrecía anoche un aspecto brillante. Lo mejor de Madrid se había dado cita en la Ópera, titulos, banqueros, propietarios, etcétera, etc. (Todos los periódicos de hoy.)

Un obrero que ganaba diez reales de jornal se ha caído de un andamio, destruyéndose la cabeza contra las piedras de la calle; su familia, compuesta de la mujer y cuatro hijos pequeños, queda en la miseria. (Cualquier periódico de cualquier día.)

Si en brillante el aspecto que ofrecía la sala. Función de todo brillo fue la de anoche en el Real. Brillo de sedas lascivamente repeladas sobre el cuerpo de las mujeres; brillo de joyas que relampagueaban junto á la carne de femeninos pechos, asomando á las barandillas del corpiño de encaje, como se asoman al balcón las mujeres de mal vivir, á medias, para que las vea el señor y no las quite el polizonte; brillo de aretes, de botonaduras, de sortijas, de cuantos adornos puede utilizar un individuo para convertirse en muestrario ambulante de su riqueza; brillo de buenas digestiones derbordiándose por la piel de rostros satisfechos... brillo de fortunas, de nombres, de titulos, de emulaciones y rivalidades que peleaban entre sonrisas... Luz eléctrica, gente *sic*, atmósfera tibia música wagneriana... Un hermoso espectáculo si no existiera más humanidad que la que se divertía anoche en la plaza de Oriente.

¡Ah! si no existiera otra, yo hubiese gozado mucho ayer; porque me gusta la música buena y me seducen las mujeres guapas... Yo hubiera distraído mi tiempo, no precisamente como casi todos aquellos señores y señoras, hablando siempre y sin atender á la música nunca, pero si aprovechando los entreacios para darme un atracón de belleza hecha carne y los actos para darme otro atracón de belleza hecha notas; yo hubiera seguido paso á paso la fantástica leyenda del poeta alemán, y al levantarme de la butaca, lleno aún de opio germánico, hubiese transformado en Elsa, por cinco ó seis minutos, á cualquier muchacha más ó menos rubia y hasta me hubiera sentido una mijita Lohengrin.

Pero, ¡ay! que sin querer, contra mi propio deseo, á pesar del egoísmo que me gritaba: «¡Goza, diviértete, ahora que tienes un rato libre!» se me iba el pensamiento y con el pensamiento el alma, lejos, muy lejos, arrastrado por un recuerdo terco que tiraba de mi cerebro y se destacaba en él con claridad perfecta, más perfecta que nunca, como si lo abrillantasen aquellas luces blancas que abrillantaban pendientes y sortijas, fisonomías alegres y bustos lujuriosos... el recuerdo de un pobre albañil, de un obrero, que se partió la cabeza contra el empedrado hace unos días, y el recuerdo de su mujer, de una pobre mujer del pueblo que rodeada de tres chiquillos ponía entre los labios de otro, recién nacido, un pecho flaco que, asomando por entre una camisa rota, inspiraba tanto respeto y tanta piedad como inspiraban deseo y lascivia los que en el Real asomaban por entre los corpiños de encaje... Este recuerdo fiero mi cráneo como una garra, y con voz, que de oírse hubiera conmovido al público más que la de Elsa desamparada, me gritaba: «¡Oye! A uníos los sobre todo, á otros les falta todo».

¿Qué contraste! ¡Eh!... ¿Qué horrible contraste!... ¿Qué siniestro me resultó, cuando escapé de dentro de mí, el hermoso espectáculo que ofrecía anoche la sala del teatro Real!

¡Un obrero muerto!... ¡Una familia sin amparo!... y una multitud de poderosos haciendo pugilato de vanidad, ostentación de lujo, alardes de fortuna y omnipotencia... ¿Qué es esto?... ¿Qué representa esto?... ¿Qué sé yo!... ¡Pero no dice esto nada?... No reclama esto nada?... ¿No hay en esto algo—no sé cómo llamarlo—algo que pide como los personajes de *Lohengrin* un juicio de Dios?...

No; no lo hay; sin duda que no lo hay. Esas miserias de abajo no pueden ser cosa mayor; esta desigualdad que parece irritante debe ser justa, porque allí, en el Real, á mi lado, en las butacas, en los palcos, estaban cuantos pueden y deben preocuparse de ello, cuantos se preocuparían de ello si lo merecieran: ministros, diputados, personajes de alta jerarquía, constructores de leyes; y no se preocupan ni en la ópera, ni el Parlamento, ni el Ministerio, ni desde el sitio que les cupo en suerte. Cuando no lo hacen es porque les parece muy bien que siga todo como hasta aquí... Cuando les parece bien, tendrán razón, y los que piensen de otro modo, serán tontos... ¿Como que van á equivocarse!... ¡No faltaba más! ¿Que se ha reventado un albañil? Hay muchos en el mundo. ¿Qué una familia se muere de hambre?... ¡Paciencia! Así es la vida... Al que le haya tocado en lote lo malo que se aguante... ¡También soy majadero yo; acordarme de un albañil en una función del Real!

¿Qué demonio, oigamos *Lohengrin*... exclamé —luego de hacerme estas reflexiones.

Y quería oírlo... Y nada, la pícara idea dándome martillazos en los sesos... El albañil muerto amalgamándose, por no sé qué rara amalgama cerebral, con la figura de *Lohengrin*; la mujer viuda, la del pecho exhausto y enflaquecido metiéndose dentro de la *Elsa* para pedir, como ella, justicia... la obsesión, porque era obsesión, haciéndose mayor cada vez... transformando la sala, el país, la hora, el espectáculo, haciéndome víctima de una pesadilla y presentándose delante de los ojos el Bazar de la Caridad de París lleno de gente, de gente rica, titulada ilustre... una fiesta brillante... muy brillante... cada vez más brillante... hasta que se transformaba en incendio... incendio casual, humorada trágica del destino que se entretenía en achicharrar á los poderosos. ¿Por qué?... ¡Vaya usted á preguntarle al destino por qué hace lo que hace!...

El lo sabrá.

Un día le toca al albañil que se cae del andamio.

Otro á los ricos que se divierten.

Así es la vida.

JOAQUÍN DICENTA

Navidad.

¡Nacer! Quiero nacer como el rubio Jesús de los cristianos; en medio del invierno sobre la nieve estéril de los campos.

¡Nacer! Quiero nacer entre los bueyes; de mirar pacífico, que viven satisfechos rumiando, en calma, los pasados siglos.

¡Nacer! Quiero nacer bajo el aliento de los viejos asnos, con sonrisas de niño, con resplandor profético en los labios.

¡Nacer! Quiero nacer rompiendo las tinieblas de la noche con la estrella de gracia que ilumina á los tímidos pastores.

¡Nacer! Quiero nacer porque deseo que apremiados vengan á doblar ante mí su frente calva los ridículos reyes de la tierra.

¡Nacer! ¡Quiera nacer porque estoy en el seno de la muerte, porque el Mundo dormita y sobre el Mundo las profecías se renuevan siempre!

E. MARQUINA

Leyendas y tradiciones.

LA CARA DE DIOS

Esta leyenda nos la refirieron en el camino de Jaén á Baeza, y procuraremos presentarla con toda la sencillez con que brotó de los labios de nuestro narrador, joven ingenuo y lleno de fe,

que parecía creer cándidamente cuanto iba refiriendo.

—¿Y en qué época se cree que vino á Jaén esa milagrosa cara de Dios?—preguntamos á nuestro hombre.

—En tiempo de San Eufrasio—contestó.—Hubo entonces un Papa que se dejó prender de amores por una niña traviesa y juguetona que andaba alrededor de su palacio, y hubiera caído el buen Papa en pecado, á no ser por nuestro Obispo, porque era la mujer el diablo y le tenía armada muy bien la zancadilla.

—¿Estaba San Eufrasio en Roma?

—No, sino en Jaén; pero tenía el Santo Obispo en una redoma tres diablillos; y como supiese una noche por ellos que ya estaba puesta la mesa en que el Papa iba á cenar con sus amores, partió en volandas para Roma, donde pudo aún conjurar á Satanás, y librar al Papa de sus manos.

—¿Y llegó á Roma la misma noche?

—La misma noche. Preguntó San Eufrasio á uno de los tres espíritus que como cuánto tiempo pedía para llevarle á Roma, y contestó el diablo que hora y media; repitió la pregunta á otro, y contestóle que una hora; repitió la pregunta al tercero, y contestó: Dentro de media hora llamarás á la puerta de la casa de San Pedro, si en recompensa prometes darme todos los días las sobras de tu almuerzo: ¿prometes?

—¿Y se lo prometió el Santo?

—Prometo—dijo—y alzóse luego el diablo, que era por más señas cojo, y ya están en Roma, para que vea su merced si han hecho pronto el viaje. Ligeros han andado.

—Llamó San Eufrasio á la puerta del palacio del Papa, y como le preguntasen quién era «abre á Eufrasio»—dijo—á lo cual el Papa exclamó:—Pues, ¿cómo ha de ser Eufrasio, si está el buen Obispo en Jaén? Mas en esto San Eufrasio entraba ya en la sala, y viendo al Papa cenando mano á mano con la mujer de rara hermosura de que le habían hablado los diablillos, vuelto de cara á la taimada, le echó tantas bendiciones, que no pudiendo ella ya más sufrir, se hundió con grande estrépito en el suelo, llevando tras sí al infierno la mesa en que pensaba poder arrastrar al mismo vicario de Jesucristo.

—¿No cayó el Papa con ella?

—Quedó el Papa como quien vé visiones; mas vuelto á poco de su estupor, abrazó tan tiernamente á San Eufrasio y derramó sobre él tantas y tan sentidas lágrimas, que daba pesar no sólo verle, sino oírle. Ni sabía cómo recompensar ni cómo agradecer tan gran servicio; pero San Eufrasio nada pidió en cambio, sino esa cara de Dios que guarda Jaén como su primer tesoro. Dióle el Papa dos; pero San Eufrasio perdió una en una tempestad deshecha, que le asaltó en la mar, precisamente al volver de Roma, y es esta la única que existe en el mundo después de la que hay en la iglesia de San Pedro.

—Pues, y el diablillo, ¿le cumplió San Eufrasio la palabra?

—Vaya si se la cumplió. Almorzaba el Santo nueces y se las rompía en la cabeza, dejándole las cáscaras y diciéndole: «¡Ahí van las sobras.»

Es esta, como se vé, una tradición disparatadísima; pero su misma rareza nos ha movido á consignarla.

Créese, generalmente, que trajo de Roma esta reliquia D. Nicolás de Biedma, Obispo de esta diócesis, que la obtuvo del Papa Gregorio XI en 1376

F. PI Y MARGALL

Sánchez-Borbón.

La comedia representada por los Sres. Sánchez y Borbón, nos ha resultado divertidísima, y, sobre todo, edificante. Un general que defiende la libre tolerancia del juego; un gobernador que se permite proferir frases molestas para los jefes del ejército... Y palabras gruesas, y mientes como puños, y puños como mientes.

Como comentario á este suceso, entonemos un himno, con música de Quinto, en honor del llamado principio de autoridad y de los prestigios del nombre...

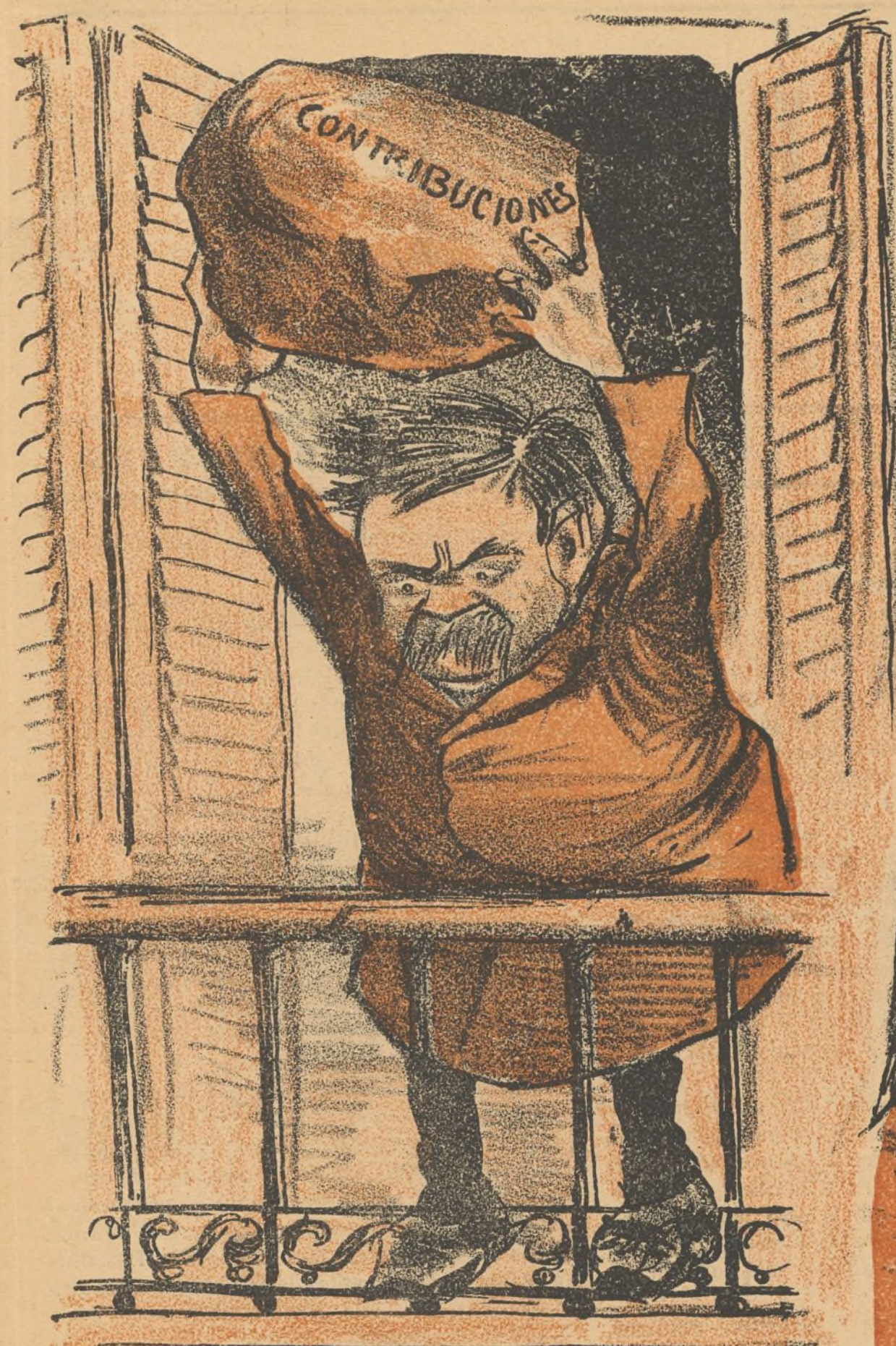
Decididamente, la revolución comienza á hacerse desde arriba.

O, como gritarán en el Casino de Madrid:

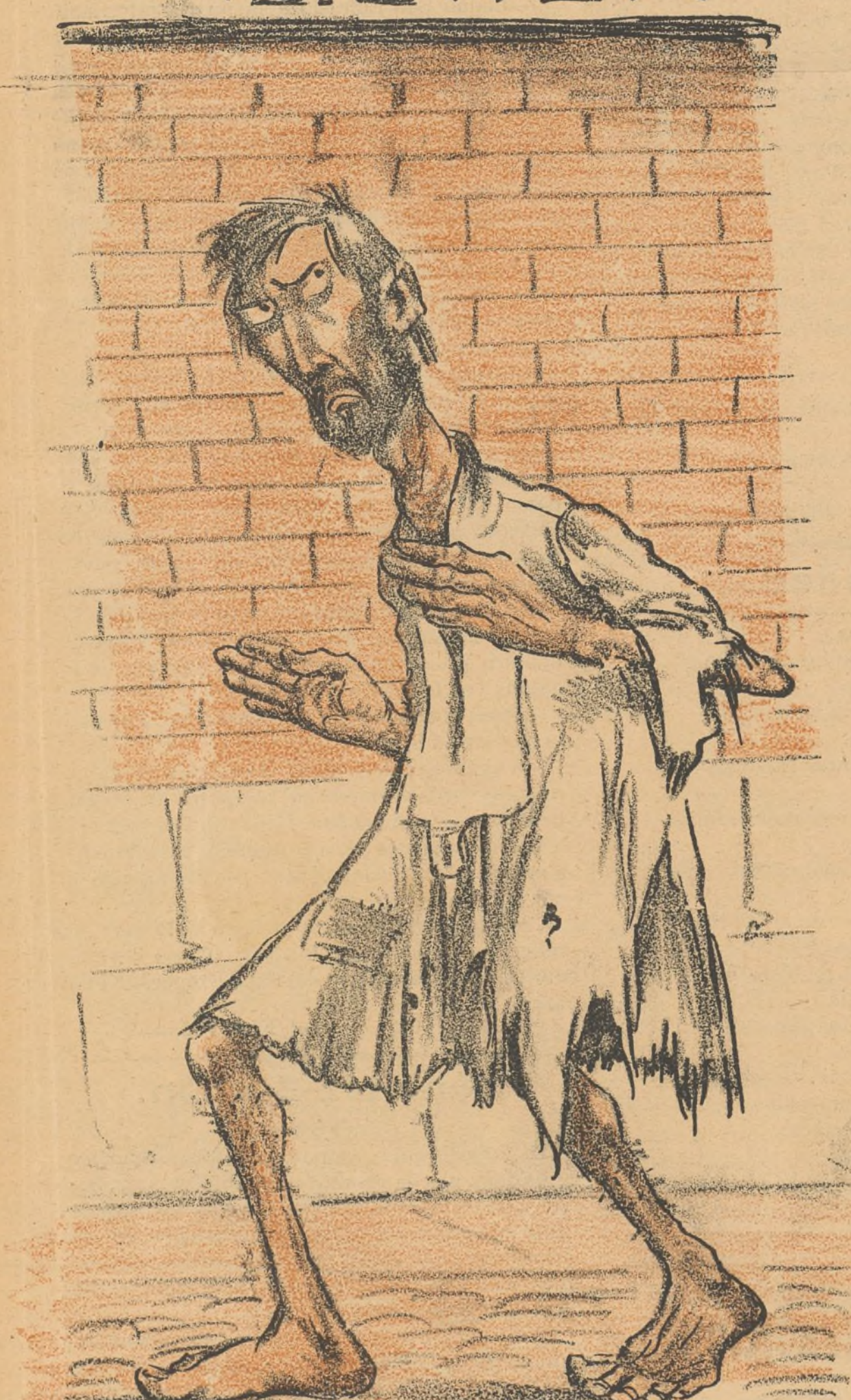
—¿Sánchez gana, y Borbón pierde!

DON QUIJOTE

HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID



MINISTERIO HACIENDA



Al que siempre le cae el gordo.



Maura.—Vengo a encargarte á V. unos cuantos pucheros de los mayores para las próximas elecciones. Porque ya sabe V. como voy yo á hacer la revolución desde arriba: ¡a pucherazos!

MADAMA HUMBERT Y SILVELA



Silvela.—En vista de sus excepcionales condiciones para el cargo, vengo á solicitar de V. respetuosamente se encargue de la cartera de Hacienda.



Don Práxedes.—Mira, ¿ese pavo nos correspondía á nosotros comernos esta Navidad. ¡Yo hemos perdido por liberales!

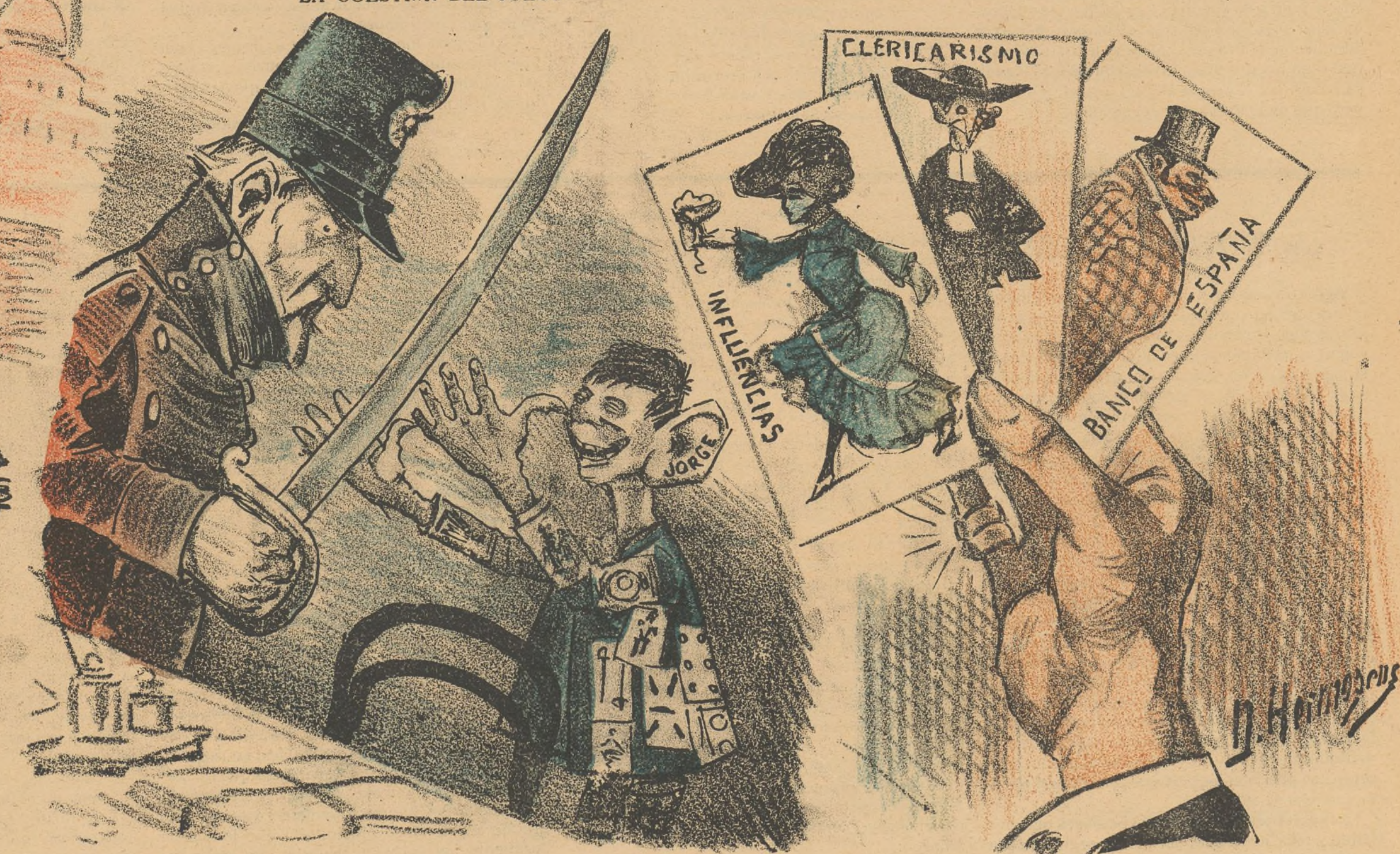


Silvela.—¿Oye, Dato, tu, has visto mis pantalones?
Dato.—Como no s. los haya llevado el Señor Maura.



Los Rey-s Magos de estos tiempos. (Coh permiso de Sánchez Guerra.)

LA CUESTIÓN DEL JUEGO



El Gobernador.—¿Te voy á arrancar la oreja, Jorge!
Jorge.—¿A mí? ¡No es posible! ¡Usted me ha confundido sin duda con «La Pluma y la Espada»! ¡Yo soy del Casino de Madrid! ¡Y tengo bula!

Los inocentes de mayor circulación de España.

Cómo han pasado la Nochebuena NUESTROS POLÍTICOS

Silvela.—Entre sábanas y entre Maura.
Sagasta.—Haciendo estudios sobre el monte Hortizuela.
Linares.—Echando las muelas.
El general Borbón.—Redactando el reglamento de una nueva sociedad titulada *La pluma y la oreja*.
Villaverde.—Pensando en madama Humbert.
Vadillo.—Con el padre Castro.
Moret.—Firmando hipotecas.
Dato.—Renegando de Maura.
Allendesalazar.—Hablando en catalán.
Montilla.—Difamándose á sí mismo.
Aguilera.—Pensando en las expropiaciones.
Amós.—En un ¡ay! por eso de las cesantías.
Sánchez Toca.—Haciendo barquitos de papel.
Ascarán.—Comiendo y rezando.
Vega Arrijo.—Tocando la campanilla de su cuartito.
Gasset.—Meditando en las vueltas que va á dar *El Mundo*.
Almodóvar.—Encomendándose á Rampolla.
Abarzuza.—Gozando.
Montero Rios.—Preparándose para resucitar á Meco.
El duque de Tetuán.—Jugando al solitario.
Weyler.—Soñando con la cuenta del sastre.
Sánchez Guerra.—Telefonando al Casino de Madrid.
López Domínguez.—Cantando villancicos.
Comillas.—En el juicio de una de las puertas del Ministerio de Hacienda. (¡Pobrecito!).
Maura.—Entre sábanas y entre Silvela.

EXPOSICIÓN

PARA MADAMA HUMBERT

Señora: El estado de la Hacienda española es cada vez más triste. Hemos salido de Rodríguez-Eguilior, para entrar en Villaverde. Que es lo mismo que salir de Málaga para entrar en Malagón, como decimos los afligidos contribuyentes. Después del presupuesto de la *liquidación*—¡que nos ha dejado en los puños huesos!—estamos amenazados del presupuesto de la *regeneración*. ¡Y el pobre pueblo no puede resistir por más tiempo la dura carga! Es la bestia, vieja y cansada—como diría un diputado de la oposición—que se deja caer al suelo, sin fuerzas ya, próxima á morir... (¡Qué bien nos ha salido este parralito!).

Pues bien, señora, de usted depende, única y exclusivamente de usted, la salvación del Erario español. Conocidos son sus admirables talentos financieros. En el espacio de quince años «ha levantado» usted, ¡olé las mujeres con redaños!—un capital de muy cerca de cien millones de francos. A fuerza de «pupila» y «quinqué», ha logrado usted engañar á todos los «Matatías» de mayor circulación de Francia. ¡Merece usted una estatua!—¡oh insigne Maquiavelo con faldas!—fundida en oro por el propio Miguel Angel! ¡Es usted pero que de lo más *super* del siglo!

Pues, bien, señora, ¡si usted quisiera encargarse de la administración de la Hacienda española!... Nadie con más méritos, con mayores condiciones que usted para desempeñar el difícil cargo. En sus manos la caja del Tesoro sería un nuevo *coffre-fort*. ¡Usted podía salvar á este desdichado país de la bancarrota, usted podía librarnos de Villaverde y de su presupuesto de la regeneración!

Auxiliada de su distinguido esposo y de su no menos distinguida familia, usted podría renovar el milagro de los panes y de los peces, y acabar con el *deficit*, y hacer que los ingresos fueran en aumento, y disminuyesen los gastos, y que los próximos presupuestos se saldaran con un importante *superávit*.

¡Señora, en nombre del becerro de oro, pedimos á usted que atienda nuestra súplica!

¡En sus manos, madama, encomendamos nuestro espíritu!

¡Ah! Nuestros recuerdos á Mr. Vallé.—*Juan Contribuyente.*—*¡Siguen las firmas.*

Los nacimientos de Diciembre.

Hay en este mes bendito nacimientos á montones para los cuales maldito si hacen falta comadrones.

Como así se adora á Dios que nos manda tanto bien, no hay dos muchachos ¡ni dos! que no tengan su Belén.

Y salen en Noche Buena los nacimientos á loz en los pilotes de la *amenidad* plazuela de Santa Cruz.

Mas de éstos no hay precisión, que hay quien los hace á conciencia con tablas, papel, cartón, pintura, corcho y paciencia.

Se ven peñascos muy bellos que cuestan mucho, y hay cosas en la mayor parte de ellos que resultan muy curiosas.

Hay uno en que he visto un tren pasando por una aldea y en el portal de Belén su portero con librea.

En otro vi la morada de un concejal visigodo y á su lado una posada con luz eléctrica y todo.

En otro vi claramente bajar por rampas escueltas los reyes magos de Oriente montados en bicicletas.

Suele verse en el portal, formando conjunto horrible, una Virgen colosal y una mula imperceptible, y un San José destenido y un buey de café con leche y un niño Jesús dormido sobre un plato de escabeche.

Por do quiera en procesión, pastores vienen y van. ¡Válgame San Hilarión

y qué mal hechos están!

Unos llevan una bota, otros llevan un fusil y á otros sin querer les brota de la tripa un tamboril.

Y hay sobre alambres muy tiesos cabras recién ordeñadas y pastoras con sus quesos por delante y por detrás, y pavos mucho mayores que las casas, tan campantes, y arroyos murmuradores que fueron vidrieras antes.

Jóvenes, viejas y chicos, llegado el feliz momento, disparan sus villancicos delante del nacimiento,

á los vivos resplandores de las velitas de cera que entre arbustos y pastores se crían en la pradera;

y acompañando sus trinos con las zambombas *impías* reventan á los vecinos durante unos cuantos días,

hasta que con sentimiento de más de un niño inocente deshacen el nacimiento si es que antes violentamente no acaba como acabó el de mi amigo Donato.

¿Sabes, lector, que pasó? Que subió á Belén el gato é hizo la mar de diabluras y se enganchó en el ramaje y derribó las figuras y descompuso el paisaje y ni así se satisfizo; mas porque no te incomodes no te cuento lo que hizo sobre el palacio de Herodes.

Y aquí lector, hago punto; pues te juro por San Blas que lo que es sobre este asunto ya no se me ocurre más.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

LAS GALANTERÍAS DE LA BIBLIA

LOS ÁNGELES

Cuando una pastorcita vigilaba sola su rebaño, un ángel descendía junto á ella y la divertía con sus coloquios; y digo coloquios por respeto á la inocencia primitiva.

Cuando el ruido de un torrencial detenía á una mujer temerosa, un ángel la cogía en sus brazos y la transportaba á la ribera opuesta. ¡Deseaba un nuevo fruto! Un ángel oficioso y listo encorbaba las ramas del manzano. (La manzana es funesta para las mujeres.)

El galante y hermoso Gabriel, fingiendo siempre algún mensaje, iba de aldea en aldea hablando de amor en nombre del cielo.

Y ved hasta dónde llegaba su extremada complacencia: anunciaba con una sonrisa á la esposa, á la virgen, un hijo... y por no quedar mal... lo hacía él mismo.

PARNY

ANUNCIOS HUMORISTICOS

¡Sueños de Nochebuena! ¡Sueños de todo el año! ¡Tener una casita adornada con muebles de A. Vallejo, Alcalá, 17!

¡El mejor regalo de Navidad! ¡Ni que decir tiene! ¡Una docena—á dos—del exquisito *Antes del Mono*!

¡Qué bien se puede pasar la Nochebuena teniendo asegurada la vida en *La Equitativa de los Estados Unidos, Sevilla, 13!*

Se necesita un socio capitalista con dos ó tres mil duros para emprender la desinfección de los aguardientes de orujo, industria que dará grandes resultados, sin pérdida de capital. Informarán en esta Redacción.



**EL MAS FINO,
EL MAS SUAVE QUE SE CONOCE**
Librito con 120 hojas, 15 céntimos.
De venta en todos los estancos de España.
Depósito: Arco de Santa María, 23.

CASTELAR

(Fragmentos de sus obras.)

En este libro se hallan comprendidos los mejores trabajos políticos y literarios del ilustre tribuno.

Un tomo de más de 200 páginas, con seis retratos de Castelar y artística cubierta, 3 pesetas. Para los corresponsales y suscriptores de Don Quijote, 1,50 pesetas. Los pedidos se harán á esta Administración. Pagos anticipados.

CAMAS Y MUEBLES

LA GRAN BRETAÑA
Plaza de Santa Ana, núm. 1.
Sucursales: Fuencarral, 102, y Preciados, 7.
VENTA Á PLAZOS Y AL CONTADO

DON QUIJOTE

PERIÓDICO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID, un mes, 1,00 peseta; trimestre, 2,50; semestre, 5; año, 10.
PROVINCIAS, trimestre, 3 pesetas; semestre, 6; año, 12.

EXTRANJERO, año, 15 pesetas

Número suelto, 15 cts.; atrasado, 30.
A corresponsales y vendedores, 25 números, 2,50 pesetas.

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de D. Miguel Sawa.

Imp. de A. Marzo, San Hermenegildo, 32 duplicado.

LA CONFESIÓN DE UN DIOS

Y esto ocurría en el monte de las Olivas, durante una noche llena de angustias, entre cuyas negruras huía Cristo la siniestra visión de la cruz, con al alma sumergida en el deseo invencible de la vida y la carne erizada con erizamiento doloroso. Jesús, á pesar de toda su grandeza, saboreaba el dejo amargo del sacrificio, sintiendo en el fondo de su ser las fortalezas de la inocencia y las sangrientas esperanzas de la expiación. Era la víctima de un Dios de quien había sondeado las cóleras, sin llegar á comprender la obstinación y la dureza.

Caminaba debajo de los árboles, suavemente agitados por el aliento tibio del cielo, mientras el eco de su corta existencia le metía por el oído adentro el himno de glorias pasadas y de eternos adioses... Contemplaba á los pastores arrodillados bajo el resplandor de la estrella, á los magos de cabellera blanca envueltos por el humo del incienso, á los jóvenes alfombrando su paso con hojas de palma en las calles de Jerusalén, á los pescadores bendiciéndole desde las bordas de sus barcas, á los amigos de Lázaro proclamándole vencedor de la muerte y á Magdalena arrojando sobre sus pies, con los perfumes de Siria el aliento amoroso de su boca.

La muerte prevista pareciera entonces más horrible y más necesaria, porque los orgullos de la vida le amenazaban con agarrarse á su vestidura blanca para detenerle, como hacen las zarzas del camino con el viajero. Erase preciso avivar el paso para no sentir el peso del sacrificio desplomarse sobre sus hombros.

Mientras meditaba, recordando á su padre desconocido que le sostuvo en la prueba, una sombra desprendida de la noche, rozó su cuerpo y Cristo reconoció á Judas, al que debía traicionarle, y cuyos propósitos le eran conocidos.

Judas, que marchaba en el terror de su ensueño, roído por los remordimientos, buscando bajo el silencio de los árboles un refugio, quiso huir; pero Cristo le retuvo, y entablaron el siguiente diálogo:

—¿Por qué quieres entregarme al brazo del verdugo?—dijo Cristo.—¿No he sido dulce para contigo y para con los otros? ¿No he sido clemente con tus debilidades? ¿No les he otorgado mi perdón?

—Verdad, señor.

¿No temes el castigo eterno que te prepara la cólera celeste? ¿No sabes que soy Dios?

—Verdad, señor.

Y levantando hacia Jesús sus ojos, que hasta entonces había tenido bajos, sus ojos en los que brillaba un fuego sombrío, Judas añadió con voz más firme y más resuelta y más dura que antes:

—Por eso he querido castigarte.

Cristo espantado extendió su mano hacia una nube, por uno de cuyos extremos, desgarrado, apareció el cielo cubierto de estrellas.

Entonces, ensanchando su corazón por largo tiempo comprimido, vomitando la bilis de sustos odios, Judas continuó, implacable, estridente, amargo:

—Si; te creo Dios. Yo sólo, entre esos que supones fieles y que renegarán de ti mañana, te creo el solo creador de todas las cosas, el dueño de todos los destinos, aquél que nos hizo como somos, aquél hacia quien sube desde la cuna en-

sangrentada de las edades la inútil blasfemia de los vencidos y los sufrientes, por eso es por lo que yo, que te tengo al fin bajo la forma mortal dentro de la que puedes sufrir en tu alma y en tu carne, he gritado á los otros hombres: «Vengaos, desgarrad su frente con espinas; atravesad sus manos; herid su pecho; buscad para él la más larga de las torturas, la que más despaño arranque las fibras palpitantes de su existencia. No hay suplicio que sea bastante infame para él: es Dios.»

Y el inmortal maldito, como sacudido por su rabia, rugía lo mismo que una bestia, con la laringe estremecida, desgarrada y ronca.

Cristo le oía silencioso con los ojos llenos de piedad.

Después de una pausa muy larga, Cristo con voz preñada de dulzuras, habló á Judas en esta forma: —Quiero escucharte hasta el final. Díme lo que reprochas al Dios que tienes delante de ti.

Judas más calmado, pero más terrible aún, comenzó el inmenso relato de las quejas de la humanidad contra Dios. Dijo á Cristo las torturas acumuladas sobre el hombre por las contradicciones nativas de su propio ser. La tentación envolviéndole con sus mallas terribles; las razas llevadas en sí mismas odios espantosos que se lanzan entre ellas como olas furiosas, y las mezclas y las confunden en una espuma de color de sangre; las aspiraciones á lo infinito que la muerte desmiente; las lápidas mortuorias que arroja sobre nuestras ternuras vivas; el desgarramiento de los adioses; el amor siempre traicionado; las almas apagando su sed en emponzoñados arroyos; lo incierto que hace que nuestro camino se hunda bajo nuestros pies cuando lo tocan; el mis-

terio de nuestro destino acogotando nuestros cráneos; la edad impía deshaciendo ante nuestros ojos la imagen de la belleza; todo lo que hace la vida odiosa y nos la impone, en virtud de una ley que nosotros no hemos reclamado; lo que arroja en nuestras venas una sangre tostada por deseos inextinguibles; lo que hace á nuestra carne ávida de deleites y fecunda en dolores.

Y mientras exhalaba el sollozo inmortal que eleva desde el crepúsculo de los tiempos la humanidad miserable, hacia lo impasible y lo eterno, Cristo le oía silencioso, con la cabeza caída sobre el pecho, como si algún remordimiento inesperado hubiese golpeado su frente.

Tan conmovido estaba el justo que dos lágrimas se balanceaban sobre sus párpados, y aunque el sueño sublime del sacrificio y el martirio ocupaba, como siempre, su pensamiento, sintió esta duda: la de si iba á expiar las faltas de los hombres ó el crimen de Dios.

Y mientras se hundía en el horror misterioso de las responsabilidades divinas y humanas, en el insondable problema que deshace con fatalidades invencibles nuestros proyectos, Judas, acompañando sus palabras con una carcajada burlesca, le gritó:

—¡Adiós, por muy Dios que seas, traía de morir como un hombre!

Y el infame, que había vendido á su amigo, desapareció entre las sombras, mientras Jesús alzó nuevamente los ojos al cielo y sintió mayor espanto en su corazón al ver que todos los astros habían desaparecido y que sólo una noche negra se abría para recibir su plegaria, que subía hacia el cielo con las alas rotas.

ARMAND SILVESTRE